

# EL ALMIRANTE SANTURCE EN LAS COSTAS DE BERBERIA

---

Son muy frecuentes en nuestras historias las referencias a los corsarios que infestaban las costas mediterráneas con sus atrevidas correrías, sembrando en los pueblos costeros enorme pánico con sus atrocidades.

Hubo un tiempo en que el Mediterráneo llegó a ser un verdadero lago mahometano, donde casi exclusivamente imperaba el poder colosal del imperio turco. Los asaltos a pueblos indefensos y las presas de los navíos que surcaban el Mediterráneo con sus mercancías, eran muy frecuentes. Los pequeños, pero temibles, corsarios desempeñaban su oficio con toda libertad y sin consideración a ninguna potencia europea, atentos sólo a satisfacer su insaciable codicia.

Para contrarrestar esta supremacía, poner fin a tanto desafuero, y defenderse de sus continuas agresiones, que sembraban de luto y espanto a los pacíficos moradores e indefensos comerciantes, las potencias católicas intentaron repetidas veces formar un núcleo de fuerzas armadas para exterminar, de una vez para siempre, tan importunos y peligrosos huéspedes. Pero, los resultados prácticos de estas ligas nunca fueron lo bastante eficaces que permitiesen restablecer la tranquilidad en los hogares, ni el libre tráfico de los pequeños comerciantes que hacían su comercio con los pueblos costeros del norte de Africa.

Las batidas eran frecuentes, pero no siempre consiguieron el resultado apetecido, debido a la gran vigilancia de los corsarios, que no perdían de vista ni un sólo movimiento de sus perseguidores con el fin de ponerse a salvo de sus ataques. Sin embargo, no siempre salieron con su intento ni les valió la vigilancia; pues más de una vez pagaron caro su atrevimiento; a veces cayendo de improviso en manos de sus perseguidores, y otras, viéndose precisados a huir precipitadamente, abandonando en el campo parte de sus piraterías. Hay tal abundancia de hechos de esta clase en nuestras historias, que su sola enumeración necesitaría mucho espacio. Hoy nos ocupa-

remos de una curiosa e interesante relación que, de la gran presa que hizo de unos navíos enemigos el Almirante Santurce a la vista de Tetuán a primeros de Mayo de 1613, ha llegado harta nosotros. Hagamos un poco de historia.

Molestado el Rey Cristianísimo de Francia con las muchas y diversas quejas que continuamente recibía de sus vasallos, despojados violentamente del fruto de sus sudores por los corsarios, deseaba barrer el mar de tan insaciable monstruo. A este fin, allá por los años de 1612, mandó que el Conde de Provenza saliese con los cuatro navíos que se hallaban en el puerto para la guarda de las costas de Languedoch, cuya Capitana era la famosa nao de los bajeles de Simón Danza, que don Luis Fajardo saqueó y quemó en el puerto de Túnez con tanto valor y esfuerzo, reservando este vaso para recompensar con él el trabajo de un Capitán francés, que, con un navío de su Rey Enrique le había seguido en esta empresa.

Llevaba el Conde de Provenza una *saetia* velera para reconocer y alcanzar a los enemigos, cuyos cascocs estaban guarnecidos de lucida infantería y copiosas municiones; y mediante su buena diligencia hizo algunas presas de importancia, cayendo particularmente en sus manos dos navíos ingleses. Examinólos, «y no satisfaciéndole mucho el estómago las razones que daban», puso algunos a cuestión de tormento, en cuyo toque se descubrió luego la falsedad que traían enmascarada con nombre de amigos, y confesaron ser forajidos de Inglaterra, de donde habían salido confederados con otros cuatro bajeles, resueltos a robar sin exceptuar persona, ni religión, llevando a vender las presas a Argel. Agradeció el Conde sus buenos deseos con echarlos al reino, y habiendo sabido que los otros navíos llevaban la derrota de Levante, bien advertido de las señas, siguió el mismo derrotero, aunque no dió con ellos en todo aquel año.

Al año siguiente de 1613, determinó salir con la misma prevención, con intento de alargarse hasta el Estrecho de Gibraltar, «en cuya boca no suelen faltar ladrones», aguardando como caimanes para tragarse los navíos que pasaban a contratar de un mar a otro. En esto, tuvo noticias que de Argel habían salido muchos bajeles gruesos, con más de cuarenta y dos *saetias*, tartanas y galeotas; y que un cautivo de Cádiz había escrito a su padre, en comprobación de lo certificado al Conde, que desde la Bahía a Sanlúcar había barco seguro. El Conde arribó inmediatamente al puerto de Gibraltar, pero halló que el día precedente había salido de allí uno de los

cuatro navíos referidos, cargado de muchas y diversas mercaderías robadas en Levante. Los restantes permanecían aún en el puerto.

Los Ingleses, apenas reconocieron el orgullo francés, comenzaron a tremolar los corazones, y por tener arbolada la bandera, cosa que no se permitía delante de Capitana Real. Le dieron voces para que la abatiese, mas pareciendo al inglés, que el francés mandaba demasiado en casa ajena, se hizo sordo al requerimiento de los contrarios, que llevaron muy a mal este desacato; tanto que el Conde mandó disparar algunas piezas. Y gracias a que en aquel momento se hallaba en el muelle el Corregidor a la mira de lo que pasaba, acompañado de muchos caballeros, y de Paulo de Scoth, Cónsul Inglés en aquel puerto, que de lo contrario los navíos ingleses hubieran sucumbido muy pronto. Viendo tan encendidos a los Franceses, hicieron señas para que no diesen más cargas, con que, luego cesó la batería, y entraron los dos, el Corregidor y el Cónsul, en un batel para visitar al Capitán. Fueron cortesmente recibidos del Conde, y, saltando con ellos en tierra, les mostró las patentes de su Rey y licencia de su Majestad católica para entrar en sus puertos a proveerse de bastimentos, y suplicó al Corregidor le permitiese echar a fondo aquel navío, pues le constaba con evidencia ser de ladrones forajidos, que en gavilla de otros, y deservicio de su Rey, andaban contaminando todo el mar. Pero el Capitán Inglés, muy astuto, presentó recaudos y credenciales en que se certificaba venir entonces de Londres a vender una partida de paños. Pero estas y otras estratagemas no sirvieron sino para disimular sus latrocinios y evitar el más estrecho examen. Con lo cual consiguieron traer a su partido al Corregidor y evitar que el Francés llevase a cabo sus propósitos.

Asegurados los Ingleses con la protección del Corregidor, determinaron proseguir su derrota; y para pagar el buen acogimiento que el Corregidor les había hecho, vengarse de los Franceses y satisfacer la pérdida que habían experimentado en Gibraltar, resolvieron hacer liga con los Turcos, semejante a la que Don Rodrigo de Silva desbaratará el año anterior junto al río del Alamo.

Hallaron los Ingleses comodidad de agregarse con tres navíos de Turcos. que habían salido de Argel en corso, y después de apoderarse a la vista de Cádiz de la nao de Juan Gómez, llena de tanta riqueza, resolvieron esperar a la flota de Nueva España para hacer otra presa semejante. Mas mientras llegaba el tiempo de su venida, acordaron, con parecer de los Ingleses, dar fondo en la boca del Río Tetuán, y ejercitarse en otros robos de menor calidad. Hallaron

allí surto un navío Francés, que cargaba mercaderías de Africa, y entrando en consulta, determinaron apoderarse de él en acabando de cargar todo su despacho, con el fin de que fuese mayor la presa. No contentos con este botín, y para no estar ociosos entre tanto, les pareció sería muy acertado que, un día en que el pueblo de Gibraltar celebraba la fiesta de Nuestra Señora de Europa, cuya Hermita está situada sobre el monte Calpe, saltasen repentinamente en tierra, cautivando la mayor redada que pudiesen de los píos devotos de la Virgen. Y así lo hubieran efectuado, si Muley Xequé, sabiendo que estaban allí estos corsarios y deseando complacer al Rey nuestro Señor y ganar nuevo nombre de amigo, no hubiese avisado luego al Marqués de Villarreal, Capitán General de Ceuta, quien mandó propios a los Presidios circunvecinos, sin perdonar diligencia que no intentase, hasta avisar a las Galeras de España.

Andaba en este ínterin barloventeando por aquel contorno el Almirante Santurce con la escuadra de Vizcaya, quien no pudiendo entrar al río de la Mamora, a donde había venido desde Lisboa por orden de su Majestad para quemar unos navíos de ladrones que estaban surtos en aquella madriguera, aguardaba coyuntura de lograr una buena ocasión, digna de su valeroso ánimo. En esto llególe impensadamente este aviso, y para no malograr esta ocasión, hizo cargar al momento todo el paño, enderezando las proas a la costa de Tetuán.

Estaban los corsarios descuidados de tan repentino sobresalto dando fondo a la boca del río Tagarte, pues, según sus informes, toda la Armada Real se hallaba en Lisboa, y, para su mayor despreocupación, las galeras sin orden de salir del puerto. Pero cuando sintieron la embestida de los bajeles Vizcainos, adornados de tantas grímpolas y gallardetes, y reconociendo las armas de España, rimbombando tanta copia de clarines y trompetas, juntamente con el estruendo y furor de la artillería, que comenzó a jugar aceleradamente, se les encogieron los nervios y helaron los corazones. Y tal fué la precipitación y el espanto que cundió entre ellos, que muchos se arrojaron a los bajeles enemigos; pero cayeron muertos al mar atravesados de los mosquetes y arcabuces, hallando refugio a la muerte, sólo en la entrega voluntaria a la clemencia española, pidiendo misericordia con los brazos cruzados sobre el bordo.

Determinado estuvo el Almirante de echar a fondo los navíos, pero ante el temor de que hubiese en ellos algunos losivos y los volasen juntamente con los soldados que entrasen a rendirlos, y

considerando, además, que podrían venir allí algunos cautivos cristianos, no se resolvió a esta determinación. Los corsarios cautivos fueron más de ciento cincuenta, sin contar algunos que habían saltado a tierra a negociar. Halló poblados los bajeles de un enjambre de personas de todas las naciones. Repartió entre los soldados liberalmente el despojo, que ascendía a más de cien mil ducados, y haciendo traer a remolque los navíos rendidos, entró en Gibraltar en medio de una estruendosa salva de toda la Ciudad por la victoria adquirida.

Todo el historial de esta relación se imprimió en Málaga aquel mismo año de 1613 de donde la hemos extractado con toda fidelidad.

**Fr. Fidel de LEJARZA, O. F. M.**